

The Origins of Political Order, de Francis Fukuyama, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2011, 608 pp.

Germán Stuhtr Rodríguez*

En un ambicioso proyecto que comprenderá dos volúmenes, el politólogo estadounidense Francis Fukuyama se ha propuesto trazar la evolución de las instituciones políticas fundamentales desde las sociedades tribales hasta nuestros días. En este primer volumen el recorrido se detiene en el siglo XVIII, una vez que se han establecido y se han conjuntado por primera vez lo que el autor considera los tres grandes logros de la evolución política: un Estado eficiente y ordenado, el imperio de la ley y un gobierno responsable ante sus gobernados. El planteamiento central del libro es el desglose de los múltiples factores que permitieron el desarrollo de dichos elementos en muy diversos momentos y lugares históricos —desde la dinastía Qing en China hasta el imperio otomano, de la India a las monarquías absolutas en Francia y España— para llegar a la Inglaterra moderna, en donde finalmente la combinación se perfecciona.

El primero de estos elementos en surgir fue el Estado. Fukuyama retoma la concepción planteada por Max Weber en torno al monopolio legítimo de la fuerza y la creación de una burocracia centralizada para explicar cómo se forjó esta institución a partir de la expansión militar del imperio chino hace más de dos mil años. En este sentido, es valioso que las explicaciones que propone el autor no se centren únicamente en Europa y que consideren la experiencia de otros lugares del mundo, en muchas ocasiones soslayada. El principal obstáculo para pasar de una sociedad tribal a un Estado fuerte, nos dice Fukuyama, es el predominio en la organización social de relaciones de parentesco con intereses patrimonialistas. Para evitarlo, en China se desarrollaron soluciones como la designación de eunucos para ocupar puestos estratégicos en la burocracia o diversas prohibiciones que socavaron los lazos familiares.

A manera de contraste, se expone el caso de la India en donde la organización nunca rompió los fuertes lazos de parentesco y, por ello, derivó en la formación de un Estado que a la fecha es sistemáticamente débil y tiene poca capacidad para impulsar sus políticas aunque, por influencia de la religión brahmánica, goza mayormente del imperio de la ley. Se discuten también los procesos de formación del Estado en el Medio Oriente y la influencia particular del cristianismo en la posterior evolución del Estado en Europa.

* Universidad Nacional Autónoma de México, german_stuhtr@hotmail.com

En cuanto al segundo elemento de esta trinidad del desarrollo político, el imperio de la ley, Fukuyama destaca la significativa influencia del pensamiento religioso en la disposición de una sociedad para crear y observar leyes. Tanto por esta razón, como por su propia influencia política en la Edad Media, el cristianismo fue determinante para que en Europa florecieran las leyes y se creara un sólido aparato jurídico que gradualmente acotó el poder del Estado y validó el sistema de la propiedad privada.

El último componente en aparecer es la responsabilidad del gobierno frente a sus gobernados (*accountability*). Ésta surgió en Inglaterra como una concesión que tuvo que ir haciendo la corona frente al creciente poder político y económico de diversos estamentos. El contexto inglés fue particularmente favorable para ello, debido a que el desarrollo tardío del Estado permitió una mayor libertad política de los individuos. Asimismo, la recaudación de impuestos como recurso para financiar al Estado fue forzando a éste a hacerse responsable frente a los contribuyentes.

Fukuyama muestra el proceso que llevó a que la afortunada triple combinación se diera en Inglaterra y casi inmediatamente después en Dinamarca, así como también las formas en que en otros lugares de Europa el desarrollo político se vio frustrado. De particular interés resultan los capítulos en que narra cómo las monarquías absolutas de Francia y España degeneraron en una serie de instituciones donde la corrupción se volvió norma y cómo esta dinámica se exportó a lo que hoy es América Latina, tras la conquista. Esto contribuye a entender por qué aun teniendo Estados fuertes, en estos países no se ha logrado que prevalezca la ley, y que la élite económica y política haya recurrido persistentemente a la corrupción para mantener su posición privilegiada y obstaculizar el ascenso de nuevos grupos.

El autor contempla en sus ideas las diversas explicaciones que corrientes previas han dado sobre el desarrollo político. Contra el contractualismo, argumenta que el ser humano jamás existió o ha existido en un orden pre-social. Contra el libertarismo y otras formas de liberalismo extremo, establece que la fuerza del Estado ha sido históricamente indispensable y que, si bien concuerda en que el libre mercado es el mejor mecanismo para el crecimiento económico, no es posible confiar en su autorregulación. Contra el marxismo presenta numerosas objeciones, en particular la idea de que para desencadenar los procesos históricos el único motor sea el de las condiciones económicas y se conciba a los otros factores como una mera consecuencia de éstas.

La convicción que Fukuyama manifestó en la democracia liberal como la mejor forma de gobierno encontrada por la humanidad —y que expuso en su afamado libro *El fin de la historia y el último hombre*— no ha perdido fuerza. Sin embargo, una vez superado el triunfalismo democrático que embargó a muchos autores norteamericanos tras la caída de la Unión Soviética, Fukuyama es ahora más cauteloso para sustentar su postura. No hay una lógica determinista en la historia que haya llevado de manera necesaria a la democracia o que, una vez establecida esta forma de gobierno, la sostenga naturalmente. Lo que hay es una lenta evolución de distintas condiciones políticas, sociales y económicas que derivaron en que los mencionados elementos se revelaran como la mejor combinación posible para sostener la delicada tensión entre el desarrollo del individuo y

los propósitos de una cada vez más compleja maquinaria social. La democracia aparece así como una consecuencia de la conjunción exitosa de instituciones forjadas por cientos de años de evolución política.

Si el planteamiento general de Fukuyama suena cercano a las ideas de Darwin y al más acabado desarrollo de la teoría de la evolución no es casualidad. El autor reconoce que su postura parte de esta concepción y que busca entender cómo el orden político es también explicable a partir de esta lógica. No obstante, tiene también en claro las diferencias cruciales entre el nivel de causalidad puramente biológico y su extrapolación a la interacción social.

Este primer volumen es denso pero nunca redundante. Es un recorrido de sumo interés por la progresiva y compleja génesis de las instituciones políticas que hoy damos por sentadas. Si acaso se podría objetar que, por momentos, Fukuyama se detiene demasiado en lo anecdótico pero aún así difícilmente se pierde de vista el argumento central y el interés por las ideas que plasma. Es, en conclusión, una muy valiosa y atractiva explicación global de la forma en que se derivó nuestro orden político. El lector quedará en suspenso para el segundo volumen, que hablará sobre las dificultades que los países del mundo han enfrentado en los dos últimos siglos para que se presente la óptima combinación del orden político.